



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

**HOMILÍA XXVII DOMINGO TIEMPO ORDINARIO.
APERTURA DE LA VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA NIÑO JESÚS,
SAN TIMOTEO. 08/x2023.**

Queridos hermanos:

Les confieso que estoy muy contento al iniciar esta visita pastoral.

Como padre y pastor de la Diócesis de Cabimas, tengo el deber de visitar a todas las comunidades parroquiales, especialmente a las que están más distantes de la sede episcopal, y esta Parroquia es una de ellas.

Saludo, especialmente, al Señor Párroco, p. Horacio Martínez, a los miembros del Consejo Pastoral y del Consejo Económico, a todas la Pastorales y grupos apostólicos, y a todos ustedes, que hacen vida en esta Parroquia, en esta gran familia.

Como ustedes bien saben, ya se llevó a cabo la pre visita, y me fue entregado un primer informe sobre el estado de la sede parroquial, desde el punto de vista pastoral, administrativo y económico; y un informe sobre las iglesias filiales y sectores.

Quizás surjan entre ustedes preguntas: ¿qué hará el Obispo? ¿Por qué estará 5 días en San Timoteo? ¿Será que el párroco y los fieles se están portando mal? ¿Cómo debe ser el comportamiento de los fieles durante estos días?

Queridos hermanos, Como les dije anteriormente:

- Vengo como Padre, es decir, como un padre que quiere conocer un poco más a sus hijos: sus ilusiones, sus alegrías, sus tristezas, sus proyectos y expectativas...
- Vengo como pastor, como enviado de la Iglesia para predicar la palabra, administrar los sacramentos y acompañarlos...
- Vengo con mis ojos y oídos muy abiertos, para ver y escuchar la realidad de esta Parroquia, y dar algunos consejos a fin de que mejoren como comunidad parroquial...
- Vengo a mostrarles el amor maravilloso de nuestro Padre, que envió a su Hijo único para formar una gran familia...
- Vengo a recordarles el mandato que nos dio nuestro hermano y salvador, Jesús: “prediquen el Evangelio a toda creatura...”
- Vengo a animarles, a impulsarles a que se dejen guiar por el Espíritu Santo, pues Él les conducirá a la verdad plena.

Por eso, mi presencia entre ustedes no es para ser un Fiscal o Supervisor; sino ser y mostrar que soy Padre y Pastor, al cual la Iglesia le encomendó la misión de guiar toda la iglesia que peregrina en la Costa Oriental del Lago.

La segunda lectura, tomada de la carta de San Pablo a los Tesalonicenses, viene como anillo al dedo para iniciar esta visita. “*No se inquieten por nada*”, es el primer consejo que nos da San Pablo.

Hace ya un tiempo, leí que, según una encuesta, el 40% de las cosas que nos preocupan nunca suceden; el 30% son cosas que ya pasaron y de nada sirve preocuparse; el 12% se refiere a la opinión que los otros tienen sobre mí; el 10% son preocupaciones sobre las enfermedades reales o imaginarias; sólo el 8% son cosas dignas, hasta cierto punto, de tomarse en cuenta. Y estas se solucionan con el esfuerzo humano.

¡Cuántas preocupaciones innecesarias tenemos que nos quitan la paz! ¡Cuántas cargas, que no nos pertenecen, llevamos sobre nuestras frágiles espaldas que nos hacen daño! ¡Cuántos pensamientos que nos quitan la tranquilidad y el sueño!

¿Qué podemos hacer?

El mismo San Pablo nos da la respuesta: “*Presenten sus necesidades a Dios y el Dios de la paz estará con ustedes*”. Lo que nuestra preocupación no puede conseguir, se consigue por la oración y en la oración: la paz del espíritu y la liberación del peso inútil de la amargura. A mí me ha ayudado mucho, rezar esta oración: “*Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las cosas que puedo cambiar, y la sabiduría para conocer la diferencia; viviendo un día a la vez, disfrutando un momento a la vez; aceptando las adversidades como un camino hacia la paz; pidiendo, como lo hizo Dios, en este mundo pecador tal y como es, y no como me gustaría que fuera; creyendo que Tú harás que todas las cosas estén bien si yo me entrego a Tu voluntad; de modo que pueda ser razonablemente feliz en esta vida e increíblemente feliz Contigo en la siguiente. Amen*”. Centrar las energías en lo que es “bueno, justo, verdadero, puro y amable”.

Venimos a misa a muchas cosas, pero una muy importante es descansar en Dios, descansar del ajetreo de la vida y dejar la preocupación del ayer y del mañana en las manos del Dios de la paz, y disfrutar de la paz que sólo Dios puede ofrecer. Por eso de toda Santa Misa debemos salir alegres, bendecidos y fortalecidos, para poder después superar los obstáculos que se presentan en la vida.

Y tanto en la primera lectura como en Evangelio, a través de una parábola, de una comparación, el Señor nos da una enseñanza espiritual.

El poema de Isaías, que canta la ternura y el cariño con que el dueño enriquece y cuida la viña, y que luego no produce frutos, la parábola de Jesús que está en la misma línea, es un reproche a la obstinación e incredulidad del pueblo de Israel, de sus sacerdotes y guías que no fueron fieles a los planes de Dios, quedándose en el mero cumplimiento, no dando el fruto verdadero, y llegando, incluso a matar al Hijo. Por eso “*se les quitará a vosotros el Reino de los Cielos y se dará a un pueblo que produzca sus frutos.*”

Sería muy cómodo aplicar la lección a Israel y a su infidelidad. Pero tenemos que aplicárnosla a nosotros mismos. El dueño de la viña es Dios. La viña, hoy, somos nosotros, esta comunidad del Niño Jesús.

Y nosotros, los cristianos de hoy, ¿cómo nos portamos? ¿No somos viñadores descuidados, infieles, estériles, que frustramos los planes de Dios? ¿Reconocemos a Cristo como el centro de nuestra vida? ¿Creemos de veras en Él, en su Evangelio, aceptando su criterio de vida como nuestro, o nos contentamos con ser meros “cumplidores” de unas normas, manteniéndonos muy lejos del verdadero espíritu de la ley? Nos podemos “acostumbrar” a ser cristianos sin dar los frutos verdaderos que Dios espera de nosotros.

La historia de la viña supone un reto para todos nosotros los creyentes. Es clara y exigente la llamada de los textos de la Palabra de Dios. Nos pide una revisión seria de nuestra actitud cristiana. Lo hemos recibido todo, hemos sido cuidados amorosamente por Dios y, lógicamente, se nos pide una respuesta que no es otra que poner todas nuestras posibilidades al servicio de la construcción del Reino.

Muchas veces nuestra respuesta de cara a Dios y de cada a los hombres ha sido deficiente, construyéndonos una religión a nuestra medida. Eso es echar al Hijo de nuestra vida y hacer oídos sordos a su llamada.

Dios invierte todo, apuesta todo, da todo en sus hijos, en nosotros. Dios ha enviado a su Hijo, a su Espíritu en el corazón de cada uno de nosotros, en esta comunidad, en su Iglesia. Y, cada domingo, también el Señor viene a visitar su viña, a ver cómo crece, a deleitarse con sus frutos. Los frutos que espera son: justicia y fidelidad, amor y compasión, generosidad y perdón.

Pero, a veces, quizás no tengamos nada que ofrecer... pero Dios tiene paciencia y volverá el próximo domingo a ver si su inversión de amor ha producido algún fruto. Y vendrá las veces que haga falta, porque nos ama, porque cree en nosotros y lo único que quiere es que todos nos salvemos y seamos eternamente felices.

Queridos hermanos, no desilusionemos a Dios, como lo hicieron los que trabajaron en la viña. Dios no se merece eso. Dios debe ser amado sobre todas las cosas.

En la Viña del Señor, en esta Parroquia, todos son necesarios, ninguno sobra; todos son corresponsables en la edificación de esta comunidad. Cada uno de ustedes debe colocar al servicio de los hermanos los talentos, el tiempo y dinero, para que esta Parroquia pueda cumplir su misión. El papa Francisco, en la Jornada Mundial de la Juventud, insistía: “en la Iglesia caben todos, todos, todos, nada de exclusiones”.

Y quiero explicar esto con una anécdota. En cierta ocasión, estaba una persona dando vueltas a como acercarse a los que le rodeaban, ya que le costaba quererlos como eran, pues, se quedaba en sus defectos, y esto le hacía que le costara

su relación con los demás.

Pensando sobre esta idea, se puso a rezar delante del Sagrario pidiendo con intensidad que el Señor le enseñara a amar a los demás.

Al poco tiempo, sin haber recibido una respuesta clara del Señor a su petición, se encontraba paseando y vio a un hombre parado delante de un montón de piedras, cuando pasó delante de él, este le preguntó:

- “¿Qué ve usted amigo mío?”.
 - “Un grupo de piedras” – respondió él.
 - Y... ¿qué aprecia en ellas?
 - “Veo que hay unas muy bonitas que hay que cuidar, otras que hay que limpiar y otras que yo tiraría”;
- Y el hombre le respondió:
- “Muy buena apreciación particular de lo que tengo, venga mañana y le enseñaré lo que yo veo”.

Al día siguiente regresa el individuo y se encuentra un hermoso mural de Cristo resucitado realizado con todas las piedras que él había clasificado según su parecer y el hombre que realizó el mural le dijo:

- “Yo veía este gran mural y entraba en una profunda reflexión de cuáles eran las piedras que usaría y decidí iniciarlo sin sacar ninguna y cuando lo terminé, me di cuenta que necesitaba cada una de ellas y que ahora, si quito alguna de las piedras, el mural estaría incompleto”.

Podemos sacar dos enseñanzas: Una, que el valor particular de cada una de ellas según mi parecer, no es el mismo valor que le da Dios a ellas; y, en segundo lugar, si yo fuera una de estas piedras que forman el cuerpo de Cristo, para que yo me vea bien en este mural, sólo tendría que quedarme en el sitio que me corresponde, porque de lo contrario, no sería la figura exacta de lo que el autor quiere darle”.

Yo quiero ver la Parroquia Niño Jesús como una gran familia, una comunidad, redimida por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, guiada por el Espíritu Santo; una comunidad abierta y servidora del más pobre y necesitado.

Con estos sentimientos y pidiéndole a la Virgen que nos asista estos días, continuamos nuestra celebración, con la certeza de que el Señor siempre está con nosotros. Así sea.

+ *Ángel Caraballo*
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**
Obispo de Cabimas

